



EL ECO DE CARTAGENA



Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9275

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

CONDICIONES

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en Paris, A. J. 1011 rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 94.

VIERNES 30 DE SEPTIEMBRE 1892.

Museo Comercial.

Exposición permanente y venta en comisión de productos industriales.

Maquinaria para minería, agricultura y obras públicas.—Materiales de construcción.—Muebles.—Mayólicas hispano-árabes, pinturas y papeles para el decorado.—Cerámica y cristalería. Precios fijos. Entrada libre. Puerta de Murcia. Pasaje de Conesa.

PAMIR.

Cuando aun no se ha pensado en resolver la cuestión de Egipto, ya el ministerio Gladstone tiene delante otro problema: el de Pamir.

Si la cuestión de Egipto interesa á casi toda la Europa central, exceptuando Alemania, la de Pamir parece á primera vista que sólo concierne á Rusia por una parte y á Inglaterra por otra sin contar las pretensiones que China pudiera sustentar por pertenecerle geográficamente el alto Tibet. El conflicto de Pamir, lo es sólo como gran camino neutral, como zona de amortización entre dos grandes potencias europeas.

Ese Pamir, al que los geógrafos han dado tan poca importancia natural y política, es, según la lengua de los orientales, el «techo del mundo» y según las tradiciones arias y semíticas, la cuna de la humanidad.

Las altas mesetas del Tibet deben ser consideradas como el país entre cuatro mares de que habla la Biblia: el paraíso terrenal de los cristianos.

Cuando la humanidad rudimentaria balbuceaba en las orillas de los lagos interiores del Pamir una lengua indecisa, ocurrió sin duda un cataclismo que precipitó las aguas de estos lagos en distintas direcciones, formando el mar Caspio al Oeste, y los lagos de Siberia, ahondando al Este inmensos valles que, nivelados por el tiempo, se han convertido en las llanuras chinas, llevando al Sur bastantes aluviones para formar la Península india.

Los hombres tuvieron que emigrar, porque aliviado el terreno de tan formidables masas de agua, fue elevando hasta una altura inhabitable el suelo de aquella planicie, convirtiéndola en la meseta más alta del mundo, pues alcanza una altura media de 4.000 metros, con picos á 8.000 metros.

No hay para qué decir que ha quedado casi desierta.

Peró constituye el camino natural entre la Siberia y la India inglesa, el único directo, y de ahí viene el conflicto.

Los ingleses estaban dispuestos á dejar sin dueño aquella inmensa región que, por su extensión, los protegía contra las tentaciones de los rusos. Peró éstos, por el contrario, viendo que el Pamir se une á la Siberia por largas pendientes suaves y que se halla separado del Gudjarat inglés por las más altas montañas que hay en el mundo, se

han dicho que, geográficamente, el Pamir depende de las llanuras nor-teasiáticas y han enviado un reconocimiento de 500 hombres á Somatah, que está nominalmente, bajo la dependencia del emir de Caboul.

Los ingleses no han protestado directamente, pero han lanzado contra Rusia al emir, á quien el Gabinete de San Petersburgo niega el derecho de mezclarse en el señalamiento de fronteras.

Los rusos saben que tienen á su lado la población indígena de la parte baja y habitada del Pamir, que sufren de mala gana el yugo indirecto de los ingleses.

Todo induce á creer que continuarán avanzando, formando estaciones de parada en los caminos que atraviesan las inmensas llanuras herbáceas del Pamir, en las cuales hablan ya de sentar un ferrocarril de 2.000 kilómetros.

En estas pocas líneas se resume esa gran cuestión de porvenir, por que el día en que se vaya en ferrocarril de Samarcanda á Gudjarat, habrá concluido la dominación despótica de tres millones de ingleses sobre trescientos millones de indios.

JAVIERA!.. NO TE OLVIDO

(29 Septiembre 1890.)

Las lágrimas que brotando del corazón asoman á los ojos, abrasan, pero consuelan.

Cuando el cariño, tan puro como acendrado, las produce, vigorizan al triste y parece que vivifican al ser que desapareció de entre nosotros.

El llanto que quema y cae sobre la tierra de una fosa, es el riego que la refresca.

¡Lágrimas y flores!... Estos son los presentes, que conmigo, los seres que te han sido queridos en la tierra, vienen á depositar en tu sepulcro modesto. Nuestros pobres ruegos, nuestras humildes oraciones, más bien van dirigidas á implorarte, que á pedir por tí.

Dios, que al llevarte á su seno, por sus altos é incomprensibles destinos, dio premio á tus virtudes, te habrá coronado también de sus celestiales gracias.

Así lo creemos en nuestra fe y te vemos hermosa allí, como aquí lo fuiste en tus sentimientos! Resplandeciente de gloria, como lo fuiste en la tierra de ternura.

El Altísimo dispuso tu separación de nuestro lado: bendito sea su santo nombre, pues al mandarnos la desgracia nos concede fuerzas!

Oh! Si en la región purísima de los bienaventurados, donde debes hallarte, puedes conocer nuestra tristeza y duelos, como comprenderás nuestro cariño!

Allí donde lucirá el sol esplendente de la verdad eterna, no puede engendrarse la duda, que tanto amarga á la humanidad.

Allí la justicia podrá apreciarse, como la comprende el mortal, en la teoría científica, realizándose en hechos ciertos, que no se presentarán, como aquí, á variedad de interpretaciones.

Y allí también el premio de tu inocencia ceñirá tu espíritu con esa aureola santa, que sólo consiguen los ángeles del cielo y los justos de la tierra.

¿Qué pueden nuestros votos en el suelo?...

¿Cómo expresar el labio lo que siente

el corazón, que calla enmudecido por el dolor?...

¿Dónde hay palabras de consuelo, fuera de nuestra religión sacrosanta, para confortarnos en nuestras penas?...

Sólo en tí ¡Dios mío! existe la fuente del bien y de la resignación.

Y pues los que dejaron de ser en esta vida, participan de tu esencia, al llamarse tus elegidos, ellos pueden ante tu trono interceder por nosotros.

En el infinito espacio donde ahora existes pide á nuestro Padre celestial piedad para los que vivimos gimiendo.

Se siempre mediadora de nosotros para con su Omnipotencia.

Que nos conceda consuelo en la aflicción, como nos otorga satisfacciones en el recuerdo.

Nosotros, míseros viandantes de este valle, naufragos en este proceloso mar, al levantar nuestro corazón al Todopoderoso, pidiéndole mercedes para tí, sólo hacemos rendir tributo á tu cariño, que hoy te significamos con flores en tu sencilla sepultura, llanto en nuestros ojos y duelo amargo en el alma.

No será largo el plazo de nuestra separación, cuida tú, ángel querido, de dulcificarla, haciendo que no se marchite en nuestras almas, la generosa flor de la esperanza.

ABOADO R. GÁMEZ

VARIEDADES

LA EXPERIENCIA DEFINITIVA.

(Cuento.)

No todos le han conocido; en el trato Felipe Jorge era afable, un poco extraviado, pero correcto al fin.

Su temperamento nervioso le sacaba de quicio de cuando en vez; reprimíase luego, y una sonrisilla vaga venía á apagar y disolver el furor y el arrebucho. Con reverencia cortesana, con «no vale la pena» concluía aquel asomo de disputa. Pero conocíase, que Felipe Jorge había sufrido mucho y que recibió muy duras lecciones de la adversidad.

No todos le han conocido, puedo asegurarlo, y prueba de ello que «aquel no vale la pena» que pronunciaba con un deje amargo, de hieles, irónico, frío, glacial, tomábase como fórmula política, cuando era burla, reproche, sátira, amargura y dolor....

Yo sí; sabía yo muchos secretos de Felipe Jorge; era un carácter y era un genio, casi un iluminado; pero las penas, los martirios, las monstruosidades asquerosas de la realidad, azotándole con saña sin descanso, le extraviaban, le iban perturbando lentamente, hacían estéril su talento para el mundo. Eran como un mazo invisible que caía con terquedad espantosa sobre su cerebro, en su conciencia, en su espíritu. Naturaleza de hierro, eso sí; de no ser tan fuerte, Felipe muriera víctima de los pulmones destrozados, ó corroidos por el pus.... no hablémos del corazón; habíanle reducido las crisis violentas á la función de simple músculo que recibe con regularidad la sangre y la echa por los ávidos recipientes del organismo.

Primero, todas las ideas nobles y levantadas, todas las utopías sublimes de la humanidad pugnando por subir, acogíalas él; era siempre de los que imaginan que van delante, á la vanguardia; poco á poco fue apagándose el entusiasmo; vió de cerca tantas infamias, codéose con tales miserias, fueron de suerte sus desventuras, que al cabo dio en la más amarga contradicción: pugna sorda é implacable entre la filosofía de la vida y la vida misma. Así por ejemplo, Felipe Jorge, demócrata, casi inclinado al socialismo, no podía resistir la revuelta de las masas indoctas; daba su voto al pro-

greso y dignificaba en él al hombre representándose así, subjetivamente, pero desatábase en conceptos de duro opróbulo contra la humanidad, para Felipe riza de salvajes, impuros, de instintos monstruosos velados por una fórmula de cultura, que venía á ser como refinamiento del mal.

Y cada vez más hosco en el carácter, más duro de ceño, más firme en la contradicción; mientras la alegría de vivir conduciale al campo en las puestas de sol, á la playa en los claros de luna, allí donde el espíritu podía anegarse en la meditación, exaltarse en un sentimiento de superioridad que sólo nos abandona en horas de desmayo, predicaba con fe profunda que la vida era brutal, y aplacase en deleitarse pensando en «el inmenso y supremo goce de morirse» de ir cayéndose poco á poco en el «sopor del sueño último, en el no ser....»

Todo esto acusaba una perversión del sentido, si no es que se le iba debilitando el cerebro, y á la postre la catástrofe no se haría esperar. Hubo sin embargo esperanza de contenerla. Un día observé que Felipe andaba absorto y pensativo, más de lo natural y corriente:

—¿Qué te preocupa?—le dije.

Bien lo recuerdo: me miró con aire de triunfo y sonrió.

—Estoy curándome... verás, verás como sé va al traste toda esa hipocondría que me roe; ¡y pensar que tan fácil era el remedio! Tú figúrate...

Y familiarmente me cogió del brazo para dar más tono á la confianza.

—Se me figura...

Lo que Felipe llamaba su remedio era que se había dado en cuerpo y alma á escribir.

—¿Y qué escribes?—inquirí, no sin sobresalto.

Contestó, más como si se lo contara á sí mismo, que respondiendo á mi pregunta.

—Novela. Llamaré la atención, de fijo. Parece mentira que nadie haya pensado... yo te diré, yo te diré...

No quise preguntarle por el método; sin decirme ya sabía qué doctrinas profesaba en estética Felipe Jorge: hombre nuevo, siempre nuevo, y entonces la novedad era el realismo. Confieso—no obstante que allá me iba yo en cuanto al gusto,—que me asusté un poco.

—¿Y cómo va tu novela?—insistí.

Miróme, hizo un gesto y se despidió diciendo:

—La experiencia decisiva, y punto redondo.

¿La experiencia? Verán Udes. lo que ocurrió. Transcurrido un mes, hallábase de sobremesa, saboreando el café, un tabaco y un diario de los que más fama logran en el periodismo. Leía reposadamente un cuento de Valera cuando, casi por instinto, mi vista saltó á la historia de un crimen misterioso. Era esto en sustancia: «Ha sido asesinado un médico. La víctima sufrió antes de morir horrible agonía; dícese que el agresor la estuvo contemplando con saña tal, que crispaba los nervios. Faltan detalles, pero se asegura que el criminal ha muerto también y que el Juzgado posee un documento importante que arroja mucha luz.»

No soy aficionado á la crónica escandalosa, pero puedo jurar que nunca aguardé con mayor impaciencia la nueva edición de un periódico. ¿Me instigaba la curiosidad del crimen? No; era el documento.

Y el documento... lo explicaba todo.

El criminal atrajo á su víctima... ¡tanto! creíase el pobre médico su mejor amigo; durante tres meses fue su sombrero; teatros, círculos, suburbios, bardales, á todas partes con él. El agresor le estudiaba atentamente, le acechaba... ¿qué más? le tomaba el pulso con frecuencia, le había auscultado, le había medido el ángulo facial, le había contado los latidos del corazón durante el sue-

ño... ¡Ni el más mínimo detalle faltaba en aquel modelo de estudio!

Al cabo, el terrible experimentador consumó su crimen. Le hirió por la espalda para que cayera de brazos; la primer herida no era mortal; el médico, después del golpe, dominado el espanto, que aprovechó el criminal para tomar nota con una minuciosidad increíble, tuvo aliento para erguirse; el apóstrofe debió ser iracundo; el agresor simuló otro ataque; el instinto de vivir dio fuerzas al médico... oh, y eso, eso es lo que esperaba el otro. Agarrátelo las muñecas, y fingiendo desesperación sin límites, le dijo:

—Pero estaba yo ciego, ¡qué obsesión más extraña! Espera, espera, ya pasó; voy á curarte.

El médico cayó vencido, sobre un diván; fue el falso amigo y volvió á poco con vendajes y deshilas. Pulsóle.

—¡Muy alta la fiebre! Es preciso que tomes esto.

Y vertió en el agua del vaso no sé qué gotas de un frasco.

El médico se ahogaba de sed y tragó el contenido con avaricia. La víctima se sintió revivir; una tensión furiosa en los músculos, y entoces... el agresor paseaba por el gabinete; de pronto se revolvió, echó el puñal al suelo y agrediendo con los puños cerrados, gritó como un loco: «tú eres un canalla.» Y el médico que sentía inexplicable fuerza en su organismo intentó defenderse... la lucha cuerpo á cuerpo... pero breve, porque al herido que no estaba vendado... acometió una congoja y cayó. El asesino pinchó otra vez, y estuvo contemplando la agonía y escribiendo sus impresiones...

Por el documento no se supo qué más pudiera ocurrir; aquel drama fue sin testigos. Pero junto al asesinado, encontróse al matador, muerto. Los doctores declararon que la muerte fue instantánea. «Ultimo grado de locura», decía el informe.

Yo... yo sí; me lo expliqué perfectamente: aquel cerebro se había desquiciado... la catástrofe que se esperaba; el criminal era Felipe Jorge.

Ví al juez y pude leer el documento; había estas palabras: «los tontos execrarán mi conducta, pero yo habré hecho un bien á la humanidad: he experimentado, he sorprendido al natural su terrible secreto: mi novela será el pasmo de las futuras generaciones...»

No quise leer más... ¡si yo hubiera sabido que aquello era lo que Felipe llamaba su experiencia decisiva!

El juez me explicó: lo curioso y lo raro de este crimen inexcusable es que sobre la mesa y en los platillos de una balanza de precisión estaban los sesos de la víctima!

J. FERNÁNDEZ LUGÁN.

LOS POLLOS DEL DIA

Van muy majos.

Con su sombrerito de paja italiana ó manchega, gran recurso para cuando sienten necesidad en medio del paseo.

Con su faja de seda virgen ó usada, restos, por lo general, del vestido de boda de la mamá ó del primer vestido que usó alguna de sus hermanas cuando la pusieron de corto.

Con su pantaloncito bien cortado y un poco ancho, para que pueda servir á toda la familia en caso de apuro.

Con su camiseta de color y sin planchar, no por ahorrarse lo de la planchadora, sino porque son más frescas y vistosas.

Con su zapatito blanco y bajo y sus calcetines de medio luto, con rayas ó lunares, según los gustos de la familia y la moda que imperaba cuando el abuelo era joven y gobernaba el rey que rabló